

Editorial

La globalización de la circulación de la información electrónica que posibilita la cultural digital cuasi monopólica, con sus soportes tecnológicos, permiten al mismo tiempo, nuestro cotidiano ver y cegar individual y colectivo a escala planetaria. Porque, por un lado gracias a esos instrumentos y su cultura encarnada, podemos percibir gran parte de la dinámica humana planetaria. Y, por otro lado, la trampa que encierra la aparente libertad de expresión y consumo que “venden” sus monopolios comerciales asociados (junto con su compleja trama de “satélites” de reproducción y soporte tecnológico), producen una ceguera que también es planetaria.

Igualmente, la globalización del consumo, la deslocalización de la producción, la desterritorialización de la riqueza y la ahora hipócrita inclusión virtual de los excluidos junto a la poca imaginación de los indignados promueven también, una apertura aparente y circunscrita, que oculta una homogenización concreta (plano de consistencia), que difumina relativamente, la erosión sistemática y constante de las instituciones heredadas, tanto globales como locales, pero que no implica la emergencia de una posible alternativa superadora.

Discursos sobre el fin de la historia, sobra la posmodernidad, la obsolescencia de los metarelatos (antiguamente denominados ideologías), los despistes epistemológicos y de las dinámicas académicas y educativas, los Apocalipsis figurados y potenciales de todo tipo, son síntomas que se agudizan desde la caída del muro de Berlín, hace más de veinte años, revelando la heterogeneidad de antiguos particularismos étnicos, culturales y religiosos cuyas culturas transformadas en objetos de consumo, son “filtrados”, reunidos o mezclados por un marketing neoarcaizante que los transforma en objetos de mercado diferenciales, en un contexto de regresiones, distorsiones, hibridaciones que son en realidad, nuevas y antiguas clausuras del imaginario colectivo e individual.

Este desorden imaginario y su complementario “default” de ethos sociales largamente aprisionados en una dinámica persistente de colonización/descolonización, converge con la emergencia de megalópolis que concentran en su seno, a la mayoría de la presente humanidad (más cercana a la multitud que las masas de la vieja sociedad industrial) y con la tecnologización del campo, como proceso de artificialización e industrialización de la naturaleza domesticada durante los siglos anteriores.

Todas estas dinámicas se entrelazan mediante una complejidad inusitada, muy difícil de comprender como proceso integrado y apenas expresado en el manierismo comunicacional y estético cuya comprensión se aleja de todo tipo de representación política conocida, debido entre otras cosas, a que las dinámicas políticas, laborales y artísticas han perdido su diferenciación operacional que las identificaban y demarcaban con precisión en las sociedades modernas.

En este proceso que se acelera y multiplica desde los años 60, no sólo se han producido cambios radicales en las condiciones que definen la acción política, el trabajo y la creación artística, sino también en los modos de subjetivación que corresponden a estas formas de acción de la vida humana (el trabajador, el ciudadano, el político y el artista).

La crisis ecológica planetaria, la desafección humanitaria de las estructuras de poder, el peligro creciente y latente de una guerra termonuclear, la crisis del estado nación y sus complementarios fracasos en la concreción de instancias regionales y continentales de organización política, requieren pensar nuevas vías de federación política regional y continental, con la finalidad de encontrar una escala de gobernabilidad acorde a la dimensión del despliegue humano del presente.

Este pensar ha de ser más poético que sociológico, porque el segundo aunque en su fase más crítica que cómplice de la construcción del manierismo mencionado más arriba, sólo se ha dedicado a un registro analítico del “daño” social y humano que se verifica en la destrucción de la diversidad cultural, social y humana constituyentes de la humanidad planetaria. Pensar poético significa aquí una articulación de potencias creativas singulares y solidarias, individuales y colectivas, que permitan la emergencia de posibles mundos alternativos y como tales, su consecuente retroacción en la configuración de sujetos abiertos a nuevas posibilidades de vida colectiva.

La desilusión sobre las políticas del progreso y desarrollo heredadas de sus padres y su contracara, el culto al presente manierista, de parte de los movimientos juveniles ya sea mediante la violencia y la rabia ya sea mediante la denuncia sobre los crecientes obstáculos para acceder a las comodidades y el consumo propuesto por el imaginario capitalista de hoy, son una prueba de la necesidad de un pensar creador para encontrar vías alternativas para la humana condición y sus mundos posibles. El camino no está escrito y parece improbable, pero las encrucijadas que ha tenido que sortear la humanidad en su devenir histórico, para arribar a la presente edad de hierro planetaria muestran que la clausura del imaginario social del presente no equivale a la clausura de la imaginación de la humanidad y de su poética espera.

La espera poética que es un rasgo del humano ensueño, consiste en aceptar la herencia de lo que se ignora en el impensado acontecimiento que expresar el rumor de lo improbable. Porque cuando el pasado vuelve de manera imprevisible no es el pasado lo que vuelve, es lo imprevisible de un acontecer que irrumpe en un viejo lenguaje. Y el pensamiento poético es la violencia imaginaria que despoja a lo imprevisible y lo impensado de aquellas viejas escamas, para encarnar en un nuevo sujeto y en un tiempo oportuno, las potencias del lenguaje que conjuran y conjeturan sobre los posibles destinos de la humana condición.

El Director